

UN AÑO DE LA TRAGEDIA DE MELILLA

Cara y cruz del salto a la valla: “Si no me dan asilo, volveré a intentarlo”

JUAN C. SANZ / MARIEL DELGADO

Rabat / Málaga

Unas 1.700 personas, en su mayoría sudaneses, trataron de cruzar a Melilla desde Marruecos hace un año. Murieron 37 y 76 siguen desaparecidas. EL PAÍS ha recogido los testimonios de dos supervivientes: uno de ellos solicitó asilo en la Embajada española en Rabat, y se dice dispuesto a saltar de nuevo; el otro logró el estatus de refugiado y actualmente vive en Málaga.

PÁGINAS 22 Y 23

UN AÑO DE LA TRAGEDIA DE MELILLA

El 24 de junio de 2022, 1.700 personas trataron de cruzar de Marruecos a España por el puesto fronterizo de Barrio Chino. 37 de ellos murieron y otros 76 siguen desaparecidos. EL PAÍS habla con dos de ellos, a ambos lados de la frontera.



Varios inmigrantes intentaban saltar la valla de Melilla el 24 de junio de 2022. / JAVIER BERNARDO (AP/LAPRESSE)

Basir, el refugiado sudanés que ha solicitado protección internacional en España desde la Embajada en Rabat, dirige una carta abierta al presidente del Gobierno

“Pido a Pedro Sánchez ser tratado como un ser humano”

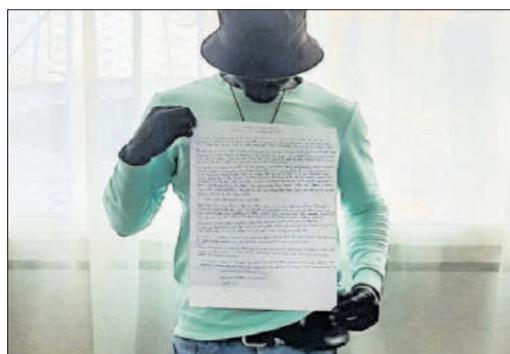
JUAN CARLOS SANZ. **Rabat**
Hace un año, 1.700 personas —la gran mayoría refugiados sudaneses— trataron de cruzar de Marruecos a España por el puesto fronterizo de Barrio Chino, en Melilla. De ellas, murieron 37 y otras 76 siguen desaparecidas, según investigaciones extraoficiales de ONG, entre ellas Amnistía Internacional. Un año después de la tragedia, Rabat no ha actualizado el número de muertos, que fijó en 23 a pesar de las denuncias de las decenas de familias que no volvieron a saber de sus seres queridos después de aquel 24 de junio. El suceso, que se recordará por la brutalidad ejercida por los agentes marroquíes que apalearon a los participantes del salto y dejaron amontonados a los heridos durante horas, ha quedado registrado como uno de los más trágicos en una frontera terrestre europea, pero ni Marruecos ni España han asumido responsabilidades por las muertes.

Ante el reproche de que las autoridades españolas podrían haber evitado las muertes o socorrido a los heridos de un apelo-tonamiento que acabó siendo mortal, el ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, de-

fendió la actuación ante un “ataque violento” y sostuvo que ningún “hecho trágico” había ocurrido en territorio nacional. Así lo mantiene hasta hoy, a pesar de que una investigación de EL PAÍS con Lighthouse Reports, así como la BBC, reveló las pruebas que apuntaron a la muerte de al menos una persona en suceso español. La Fiscalía archivó la causa porque no vio indicios de delito, e incluso respaldó las 470 devoluciones en caliente que se efectuaron. Mientras, el Defensor del Pueblo mantiene que las expulsiones fueron ilegales. Las autoridades marroquíes, por su parte, equipararon a los refugiados con milicianos, y defendieron la actuación de sus guardias en la frontera hasta en la ONU. No hubo una investigación oficial independiente.

Un año después, dos de los supervivientes, uno aún en Marruecos y otro ya en España, cuentan sus recuerdos y su historia en el primer aniversario de la tragedia, mientras decenas de colectivos siguen reclamando justicia.

Basir (nombre ficticio para proteger su identidad) acababa de cumplir los 25 años el pasado diciembre, cuando sentó un pre-



Basir (nombre figurado), con la carta que ha enviado a Sánchez. / J. C. S.

cedente al solicitar protección internacional en España, previa a la petición oficial de asilo, en la Embajada en Rabat. Llevaba ya una década huyendo de la muerte y casi un lustro de éxodo por los desiertos norteafricanos. Entonces su voz temblaba al expresarse ante abogados y periodistas tras poner a prueba la legislación española. Seis meses después, el refugiado sudanés habla con aplomo en inglés sobre la ley internacional en un

“Yo no he elegido ser la persona que soy hoy: un refugiado”, asegura

“Vivo con miedo a ser detenido y expulsado de Marruecos”

lugar seguro de Marruecos, donde permanece varado desde julio de 2021 en su ruta de escape hacia Europa.

Hace un año, tocó durante unos minutos la tierra de promisión en Melilla, en el trágico asalto a la valla fronteriza que se cobró al menos 23 vidas de subsaharianos, antes de que la policía española lo interceptara y los agentes marroquíes lo arrojaran sobre un montón de cuerpos en la explanada del paso de Barrio Chino. “Yo estuve allí. El 24 de junio del año pasado atravesé la frontera, entré en Melilla. Los guardias me devolvieron a Marruecos, pero tengo derecho a solicitar asilo en España”, sostiene, mientras muestra la carta que ha dirigido al presidente del Gobierno. “Seguiré luchando por mis derechos hasta donde mis agotadas fuerzas me lo permitan, [...] el cansancio cada día es más insostenible”, le escribe a Pedro Sánchez.

Asistencia gratuita

Basir es cristiano y huyó de Sudán tras sobrevivir a una matanza en su pueblo. Con 15 años, fue dado por muerto en la conflictiva región de Kordofán del Sur junto a los cadáveres de su padre y su hermano, también cristianos. Según su testimonio, sufrió malos tratos y torturas durante su periplo migratorio hacia Europa. Durante la conversación, el lunes, vestía sus mejores galas con ropa de marca de mercadillo marroquí.

Relató sus tribulaciones con las suaves maneras de alumno aplicado en un colegio de misioneros adventistas del Séptimo Día en una región islámica de Sudán. Junto a sus abogados del estudio jurídico español Demos, que le asisten gratuitamente, ratificó la petición de protección internacional el mes de marzo ante funcionarios de la Embajada de España en Rabat. La legación ha declinado informar sobre la marcha de la tramitación. El prolongado silencio administrativo a su demanda ha llevado a los letrados de Basir a elevar su caso a diversas instancias humanitarias de Naciones Unidas.

El mes que viene, Basir cumplirá dos años atrapado en Marruecos al término de una penosa fuga iniciada en Sudán en 2018 y de una travesía de 36 meses por Egipto, Libia y Argelia. “Vivo con otros sudaneses, con gente que habla mi misma lengua. Dormimos donde podemos. En la calle, casi siempre. A veces en un edificio abandonado. Cambiamos cada poco”.

“Es muy difícil encontrar trabajo. Estos papeles no sirven aquí”. Muestra la documentación del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), plastificada, como oro en paño, que reconoce su situación. La anterior fue destruida, según denunció, por agentes marroquíes en una redada. “Mis abogados me han pedido que los conserve para el proceso que hemos iniciado”, aclara.

Amnistía pide una investigación “independiente”

Amnistía Internacional (AI) sigue cuestionando la cifra oficial de 23 víctimas mortales estimada por las autoridades marroquíes tras la tragedia de la frontera de Melilla de hace un año. La organización sigue estimando que en aquel intento de cruzar la frontera fallecieron 37 personas y desaparecieron 76, tal y como ya estimó en su investigación del pasado diciembre. En un comunicado, la organización acusó a “las autoridades de España y Marruecos” de no haber hecho hasta ahora “una investigación efectiva e independiente”.

“Lo sucedido en Melilla es un buen recordatorio de que las políticas migratorias racistas encaminadas a fortificar las fronteras y restringir las vías seguras y legales para quienes buscan seguridad en Europa tienen consecuencias reales y mortales. Es difícil no ver el elemento racializado de lo sucedido en Melilla y la forma deshumanizadora en que se trata a las personas negras en las fronteras de Europa cuando viven, desaparecen o mueren”, dijo Agnès Callamard, secretaria general de AI. / ELIONA RAKIPAJ

“Para sobrevivir aquí hay que luchar. Si ofrecen un trabajo, a veces pagan y otras no. Si algún amigo consigue algo de dinero, lo comparte con los demás. No recibimos ayuda de nadie, salvo de unos pocos vecinos caritativos”, resume su día a día.

“Mi vida consiste ahora en esperar los resultados de la decisión del Gobierno español sobre la petición de protección y asilo. Creo que mi color de piel me condiciona”, se queja sin aspavientos. “Vivo atemorizado, con miedo a ser detenido y expulsado del país. Algunos de mis amigos sudaneses están en la cárcel sin haber cometido ningún delito. Solo por no tener papeles. Nos puede pasar cualquier cosa: que nos lleven al desierto o a la frontera de Argelia, como hacían antes, o directamente a una celda, como pasa ahora”.

En una pausa de la conversación entrega una hoja en formato Din A3 —doble folio—, que contiene la carta dirigida al jefe del Ejecutivo español. Su misiva de armoniosa letra bien alineada, en cuidada caligrafía con tinta azul, sin apenas correcciones, venía guardada, cuidadosamente enrollada bajo la sudadera.

“Aquel día, el 24 de junio de 2022, sufrí una violencia inmerecida tanto por parte de la guardia fronteriza marroquí como de la española, fui golpeado brutalmente, maniatado como si fuera un criminal. Fui expulsado desde suelo español, de Melilla a Marruecos, cuando lo único que quería era pedir asilo. Por suerte estoy vivo”, detalla a Pedro Sánchez. “A pesar de todo, quiero tener esperanza”.

Basir va de sitio en sitio, sin relacionarse apenas con los ma-

arroquíes para no ser detectado deambulando por zonas donde pueda pasar inadvertido. En los últimos meses se han sucedido las redadas, desalojos y expulsiones de subsaharianos indocumentados. “La policía nos trata mal, y la mayoría de la gente se guía por las apariencias, la pobreza que mostramos. No nos tratan como seres humanos. Aunque no se diga abiertamente, hay racismo. En un café, no nos sirven. En una tienda, nos ignoran. Pero ellos siempre son atendidos y pasan primero”.

“Claro que he pensado en volver a la frontera de Melilla, o la de Ceuta, o subirme en un barco rumbo a las islas Canarias”, reconoce en una conversación en la que va ganando paulatinamente confianza, “pero mis abogados me piden siempre que intente seguir por la vía legal”. “Si, como africano negro, creyese que España nunca me va a dar asilo claro que volvería a saltar la valla de Melilla”. Nosotros no tenemos elección, no tenemos otra vía. Solo seguir luchando”.

—¿Cuánto está dispuesto a esperar, hasta que se pronuncien la Embajada en Rabat, el Gobierno español?

—Voy a esperar lo que haga falta. Confío en que el Gobierno español lo entienda. No tengo ninguna posibilidad de volver a mi país. Allí no hay un lugar seguro donde yo pueda vivir. Yo no he elegido ser la persona que soy hoy: un refugiado víctima de discriminación religiosa.

En Sudán, la situación de seguridad se ha agravado en los últimos meses, en medio de la escalada de un conflicto entre bandos enfrentados que ha forzado la salida del país de cientos de miles de civiles. “España tiene que decidirse. Necesito tener un lugar seguro dónde vivir”, reflexiona en voz alta. “Las cosas van cada vez peor en Sudán”.

Basir duerme mal. “Tengo un miedo racional. Mi mente está aterrorizada todo el tiempo. Te roban mientras duermes en la calle. Temes por tu vida. Un coche te puede aplastar”, revela “Quiero salir de este lugar, donde cada día tengo que pensar dónde dormiré, qué poder comer. Sueño con una vida normal. A veces ya no aguanto más”, expresa abiertamente su desánimo.

“Vivo con miedo y angustia señor presidente”, concluye la carta a Pedro Sánchez. “He visto en las noticias que España es un país que ha acogido a miles de ucranios que huían de la guerra y me pregunto, ¿es mi color de piel lo que me impide recibir el mismo trato?”.

“Ahora casi nadie va a Melilla”, asegura antes de despedirse. “Algunos se juegan la vida intentando entrar a nado en Ceuta. Si fracasan acaban entre rejas. Y para ir a Canarias en patera piden 5.000 euros antes de embarcar. No hay una vía para solicitar un visado, para reunirnos con familiares y amigos que ya viven en Europa. Mis compañeros siguen eligiendo las vías más peligrosas antes que seguir atrapados en Marruecos”.

—¿Qué le pide al presidente Sánchez?

—Ser tratado como un ser humano.